

Develar un misterio, la sobrevida del olvido. Un acercamiento a la muerte en *Las olas*, de Virginia Woolf

Rosalba Anahí Rodríguez Haro

*He de partir
no más inercia bajo el sol
no más sangre anonadada
no más fila para morir.*

Alejandra Pizarnik, «La última inocencia»

La muerte pereció tantas veces que poco a poco se nos ha olvidado que está ida. Ida en los mares, serpenteantes de tanto arrullo; ida en la frente de las nubes, nublada todavía por el sueño; ida en el viento, persiguiendo un destino que aún no ha sido imaginado. Sin embargo, me pertenece tanto... Y no la veo, pero he muerto tantas veces que siento el sabor de su respiración debajo de mi lengua, ahí donde habitan las palabras. Y no la veo... ¿Es que me ve ella? A mí, que corro en la oscuridad buscando alivio. A mí, que divago en el límite de las palabras y araña, casi desde la urgencia, el sentido de la verdad —verdad que no es mía ni de nadie, verdad inventada por la sed—.

Ayer morí, todavía no recuerdo cómo. Se devuelven imágenes a mí, como si acaso yo fuera la cuna, el vientre y origen de sus partículas, e invocan al olvido. Siempre mío —y de todos, y de todas—. Pero antes de mi muerte, la única que no se esfuma todavía, existieron tantos olvidos primeros. La mente ha sido buena conmigo, me ha redimido de culpas, de heridas, de sangres ajenas que me pertenecen desde la punta de los dedos al límite de la vista —viva todavía—. Viva y mía.

He de morir de nuevo para no recordar el ayer que me tocó los huesos con una fina pluma, pluma del aire y del doloroso tiempo, que me arrancó las astillas suavemente para llevarlas a la tierra, casi como alimento de fantasmas y palomas. Alimento muerto —y vivo, siempre todavía—. Yo que morí y que sigo aquí, transparente y asqueada, cada vez más débil, con menos carne en mis propios huesos. Rasposa, raspada. Yo que morí y que sigo aquí, te conocí a ti, que cargas en tus labios un adiós impronunciable, sobrecargado de palabras suavemente plantadas en tus dientes, y me dices que el olvido está en la tierra, mecido aún por manos niñas. Y yo te creo. Le creo a tus labios, al agua de tu boca, y me siento más aquí que en el reverso del espejo: parte olvidada (olvidada por los ojos, casa de los muertos).

Pero me pregunto, cada que se hace de noche y te vas, cuántas muertes han de habitar el pasado para que sea olvido. Ansiosa del final, ansiosa del precipicio que me impide, más como muro que suelo alto, continuar. ¿O es más bien que los olvidos habitan la muerte hasta que, sobre todo, es muerte (oscuridad sin

cambio)? Me pregunto, voraz ahora, cuántos olvidos son suficientes para que sea el último y que no me recuerden.

Sé que hay cientos de vidas que se reúnen en mi piel cada que respiro. Son sobrevidas. Lanzadas a mí como si acaso las estuviera exigiendo (ansiosa, de nuevo), pero yo no tengo palabras para pedir, ni siquiera para ver en lo que continúa imágenes desconocidas. Después se me incrustan sobreolvidos, uno dentro de otro, cargados de perpetuidad. ¡Y yo que estoy vacía! Ayer morí. Perennemente muero y estoy vacía.

I. Primer olvido

Virginia Woolf (1882-1941) publica en 1931 *Las olas*, la última obra que sería tocada por sus manos, pues muere diez años después, y pese a que hubo una obra póstuma, críticas y críticos de la literatura enmarcan *Las olas* como su carta autorreferencial. Contiene seis monólogos que, aunque permanezcan internos a lo largo de la historia, se entrecruzan entre sí. Casi como si se pensaran para ser escuchados —y no—.

Entre los personajes, Rhoda es la voz palpitante, prolongada de Virginia. Rhoda, dueña de los océanos que surcan su mente, dueña de las hojas amarillentas de los árboles grabados en su piel y, aun encima de los paisajes que se anidan en su voz, carente de rostro. Muda. Escondida en la superficie. *Mis olvidos son los tuyos, Rhoda. Estos que se entregan a las dos sin merecerlos siquiera. Mis muertes son las tuyas, veloces, incendiadas, crujientes para quien las pisa.*

Antes de su última muerte, vivió muchas otras llamadas olvido, tantas que permanecieron cerca, atadas todas juntas; y, sin embargo, nadie las vio. La primera de ellas surgió cuando Percival, silencioso actante que, aunque no participe de manera directa en los soliloquios, es nombrado: renombrado por los otros. Pero muere, porque todo debe morir antes para que después muera el Yo.

Por fin ahora voy a poder entregarme, librarme a mi dolor. Ahora me entregaré toda entera a mi deseo, continuamente reprimido, de perderme, de ser consumida. Galoparemos juntos a lo largo de las colinas desiertas donde la golondrina sumerge sus alas en estanques sombríos y

donde se alzan las columnas solitarias. En medio de la ola que se precipita sobre la ribera, en medio de la ola que esparce su blanca espuma sobre las orillas más perdidas de la tierra, arrojo estas violetas, mi ofrenda a Percival [...].¹

Vladimir Jankélévitch (1903-1985), filósofo francés, escribe que la muerte en segunda persona es nuestra muerte propia.² Es interesante pensar en la posibilidad de que todas las muertes que vivimos, y no son nuestras, nos pertenecen, pero más interesante aún pensar que la del Yo no es del todo nuestra, sino de los otros, aquellos que se quedan para presenciar la omisión de una voz que antes fue, pero ahora no. Entonces, si no nos pertenecemos en nuestra propia muerte, no nos hemos de pertenecer nunca. *Para mí no habrá silencio, porque el oído se habrá ido antes.* Mientras tanto, mientras las muertes de otros acontecen como sucedió la de Percival, una parte nuestra se muere en la primera experiencia. Y sucede el primer olvido. El olvido de la presencia conjunta, de las palabras ahora pedercederas, del Yo compartido.

Pero el primer olvido no sucede a la par de la primera muerte, pues están los recuerdos. Es una pausa, largo sosiego decidido para que no se desprenda el vaho de la última ola. Hay que articular el recuerdo por necesidad, llamarlo por su nombre, por su rostro. Sin embargo, cuando la representación se formula desde la palabra, esta también muere. *Todo está hecho para fenecer.* Lo dice Jankélévitch: «Cuando se consiente en llamar las cosas por su nombre, el riesgo se llama muerte».³ *Te pronuncio para devolverle tu sentido a la vida*, y, sin embargo, en el espacio del acto la palabra perece (la palabra y el sentido auténtico); la muerte consigue una nueva muerte: un nuevo olvido. Y el sobreolvido se alarga, casi como si se pudiera estirar el mar con las manos de la boca —el mar que es tanto—.

Entonces entrevemos nuestra muerte cada que el sobreolvido acaece. Nos sometemos pasivamente a la noche porque ya todo tiene nombre —y mientras tanto, todo sucumbe—. No muere Percival,

¹ Virginia Woolf, *Las olas*, p. 76.

² Vladimir Jankélévitch, *Pensar la muerte*.

³ *Ibidem*, p. 24.

lo hace Rhoda y sus palabras, pues ella todavía no puede morir. Así que entrevé. Ve por las pestañas cerradas de la noche que el día continúa, aquel que después se va —y se olvida—. Entrevé lo que se apaga: una vida que es suya, aunque no le pertenezca.

II. Admitir la nada

Sucede después, para Rhoda y para tantas, tantos sin rostro, que la invisibilidad es un consecuente de la falta de imagen. Entonces llega la nada a partir de no sentirse percibida. El ser incorpóreo es el resultado de un olvido precedente y el rasgo ulterior es no ser tocada por el amor (espejo sin piel, sin fondo más que el mismo viento).

Jacques Derrida (1930-2004), filósofo francés, manifiesta que a través de la finitud del hombre y la mujer puede surgir la infinitud del amor, esto es: personificando el concepto abstracto, carnificándolo para amar así al otro, aquel que es infinito desde nuestra impresión.⁴ Comprender, así pues, la finitud del Ser por conducto del amor, confiere la certeza de la perennidad del Ser a partir de la falta-de, no obstante, desde el apego a la ternura se genera una sobrevida, y sin ella, quizá, un sobreolvido más: «¿A quién daré todo esto que fluye dentro de mí a través de mi cuerpo tibio y poroso? Voy a hacer una guirnalda con más flores para ofrendársela... ¡Oh!, ¿a quién?».⁵

Si entendemos, entonces, el sobreolvido como la continuación-de uno primero, quizá podría nombrarse sobremuerte. Es un misterio todavía. Sin embargo, en esta aproximación al olvido último, el Ser admite la nada. En admitir la falta, la imposibilidad, incluso, se admite la nada (infinita carencia y olvido). A su vez, Jankélévitch nos habla sobre otra forma de admitir la nada: «La muerte exige el sentido de la vida, ya que si debo morir y es la nada —si yo admito la nada—, entonces no voy a ninguna parte».⁶ Estaríamos hablando, como si acaso se pudiera, de una sobrenada. Quiero decir: la primera nada le pertenece a la ausencia de amor —enten-

damos la palabra no como necesidad-de, sino como una imposibilidad de finitud— y la segunda, esta que concibe la muerte como nada y, como consecuencia, la vida como principio de la nada.

Por lo tanto, hay que reapropiarse de la muerte. Quizá, aprehenderla como una experiencia anticipada, pues, si la muerte nos revela la nada y la vida es insignificante por la misma razón, entonces la vida pertenece al principio de la nada, pues nos esboza el segundo origen: en la reapropiación anticipamos la muerte (admitir y anticipar, quizá...). *He de esperar de la nada un soplo para saber que existe.*

III. Otro olvido

Rhoda es responsable de la muerte del otro. No lo es porque ella se revele como autora, sino porque, desde el aprender-a-ver-a-aquel o el percibir-a-aquel que obligan los vínculos, la muerte del otro es responsabilidad de quien le ve. *Te veo y existes; si te vas y te recuerdo, existes desde mi pensamiento. Todo lo que hay en mi mente es para ti, para tu significancia en el mundo; sin embargo, mueres. Mueres porque te veo.*

Ahora, es sustancial nombrar que la muerte del Yo, la muerte de Rhoda, sucederá, después de tantos sobreolvidos, por la responsabilidad de los otros. Esto es a partir del segundo que la percibe, aun después de haber sido nada todo el tiempo. Lévinas dice, a través de Derrida, que

[...] la responsabilidad no es ante todo la responsabilidad de mí mismo por mí mismo, que la mismidad del mí mismo se instaure a partir del otro, como si fuera segunda respecto a él, viniendo a sí misma como responsable y mortal desde mi responsabilidad ante otro, por la muerte de otro y ante ella.⁷

Sugerir que el otro es responsable de nuestra presencia está claro, el problema reside en el no-ver, el cual construye un puente inalcanzado por la reciprocidad. Rhoda ve a los otros, se sobreolvida a través de la pérdida, sobremuere antes de morir. *Eres vista y no. Te mueves y te tocan, ¿pero te han de sentir realmente? Te sientes olvidada y te olvidan, pero*

⁴ Jacques Derrida, *Dar la muerte*.

⁵ Virginia Woolf, *op. cit.*, p. 29.

⁶ Jankélévitch, *op. cit.*, p. 47.

⁷ Jacques Derrida, *op. cit.*, p. 58.

te ven, insuficiente desde tu piel. La sobrevida es solo consecuencia de la continuidad, continuidad que le corresponde a los otros, pues por ellos es. *No soy responsable de mí, pero sí de ti —y muero en el acto—.*

IV. La muerte

Luego, el deseo. La extensión del olvido develando la nada, próxima siempre, grillo eterno en los umbrales. Después de responsabilizar a la vista de la presencia del otro, al alma de la muerte del otro, empieza un olvido; pues somos, entonces —Rhoda es, entonces—, causantes de la muerte del otro. *Desde mi voz te creo; te desvaneces cuando me callo.* Luego, la mirada del otro, del que se queda, se extiende por encima de los pastos, pero no nos toca. Hay una invisibilización tan propia como consecuente de una falta-de, así pues, se crea una nueva intención de olvido:

Ya no toco nada: no veo nada. Podríamos caer y reposar sobre las olas. El mar golpeará en mis oídos. Los pétalos blancos se oscurecerán al contacto del agua marina. Flotarán por un instante y después se hundirán. Seré arrollada por una ola, otra me llevará sobre sus hombros. Todo se derrumba como una catarata gigantesca en la que me siento disolver.⁸

Han sido ya dos abandonos penetrantes. Rhoda devuelve su falta de rostro a una nada todavía no desconocida, la que termina en el inconsciente después. *¿Has de llegar a fundirte con el sol, tú sin rostro, tú sin luz? ¿Has de esconderte en el fondo de la tierra hasta que del lodo nazca un mar? ¿Cuánto te ha costado regresar al origen?*

En la *Historia de la eternidad*, Jorge Luis Borges hace referencia al libro de las *Enéadas* de Plotinio, quien nos dice que la materia es en sí misma irreal: «es una mera y hueca pasividad que recibe las formas universales como las recibiría un espejo; éstas la agitan y la pueblan sin alterarla».⁹ Rhoda ha sido, en todo caso, el espejo inmóvil de la naturaleza. En ella fluyen las olas de un río que, sin embar-

go, ha muerto desde hace tanto. Es entonces que, desde su pasividad como forma nimia del mundo, se condensa en lo que en su consumación es la nada. Rhoda es el cristal de una vida de ausencia, poblada y agitada tantas veces por la falta. Pausada, quizá. Dice también Plotinio sobre la materia: «Su plenitud es precisamente la de un espejo, que simula estar lleno y está vacío; es un fantasma que ni siquiera desaparece, porque no tiene ni la capacidad de cesar».¹⁰

Entonces, sobreviene un deseo. Si en la vida no hay espacio para la suficiencia, en la muerte está la suspensión del todo —del todo que es la nada. Esto surge a través de la locura, concepto utilizado a su vez por Derrida en *Dar (el) tiempo*: es el querer estar en otro sitio cuando se está en uno propio («(“las doce a las catorce horas”)».¹¹ *Ayer morí, todavía no recuerdo cómo, pero sigo aquí.* Y desde esta locura, desde la imposibilidad de estar-en una distinta nada, se sobreviene un nuevo olvido. *Me olvido, acaso, de que estoy aquí y de que permanezco allá. ¿Dónde nací otra vez?* Es un olvido dado y deseado, «¿Cómo se puede, sin locura, desear el olvido de lo que habrá sido? ¿Cómo desear el olvido?».¹² Ya no se trata solo de desear olvidar los sobreolvidos efectuados, sino también los que habrían sido. Es, pues, el todo del olvido. Luego, la fuga. El suicidio. *¿Dónde nací otra vez?*

V. Develar la muerte

La muerte no es un secreto. La muerte es un misterio. Está aquí, nadando suavemente en las palabras, en las voces, en la vista. Está en el día, a la luz de la inocencia; pero no hay forma de tenerla-sin-tenerla. La muerte no es un secreto. Es la consecuencia de un misterio. *Todo tiene el sentido del ocultamiento. También tú, Rhoda, por ser misterio y consecuencia de la vida.* Y la muerte tiene, sobre todo, en su inicio como vida, desdoblamientos: el olvido primero, el segundo que se promulga como sobreolvido y todos los que le continúan. Sin embargo, hay siem-

⁸ Woolf, *op. cit.*, p. 94.

⁹ Jorge Luis Borges, *Historia de la eternidad*, p. 23.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ Jacques Derrida, *Dar (el) tiempo*, p. 42.

¹² *Ibidem*, pp. 42-43.

pre uno último, desprovisto de esperanza, de consecuencia. No es la muerte, porque al final, después de la muerte está el recuerdo, la *sobrerresponsabilidad* del que se queda: ya no es la primera responsabilidad, la de la vida, la que le pertenece al percibir-al-otro, —a-la-otra—; es la responsabilidad como extensión del recuerdo. Deshacer el recuerdo significa deshacerse de la vida: deshacerse, incluso, de la muerte. Es la inconsecuencia de lo continuo.

Todavía morí. No recuerdo cómo.

Fuentes

Borges, Jorge Luis, *Historia de la eternidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1974. Derrida, Jacques, *Dar (el) tiempo*, Paidós, Barcelona, 1995. Derrida, Jacques, *Dar la muerte*, Paidós Barcelona, 2006. Jankélévitch, Vladimir, *Pensar la muerte*. Fondo de Cultura Económica, México D. F., 2006. Pizarnk, Alejandra, *Poesía completa*. Debolsillo, Ciudad de México, 2018. Woolf, Virginia, *Las olas*, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, Santiago, 1940. Recuperado de: http://biblio3.url.edu.gt/Libros/2011/las_olas.pdf